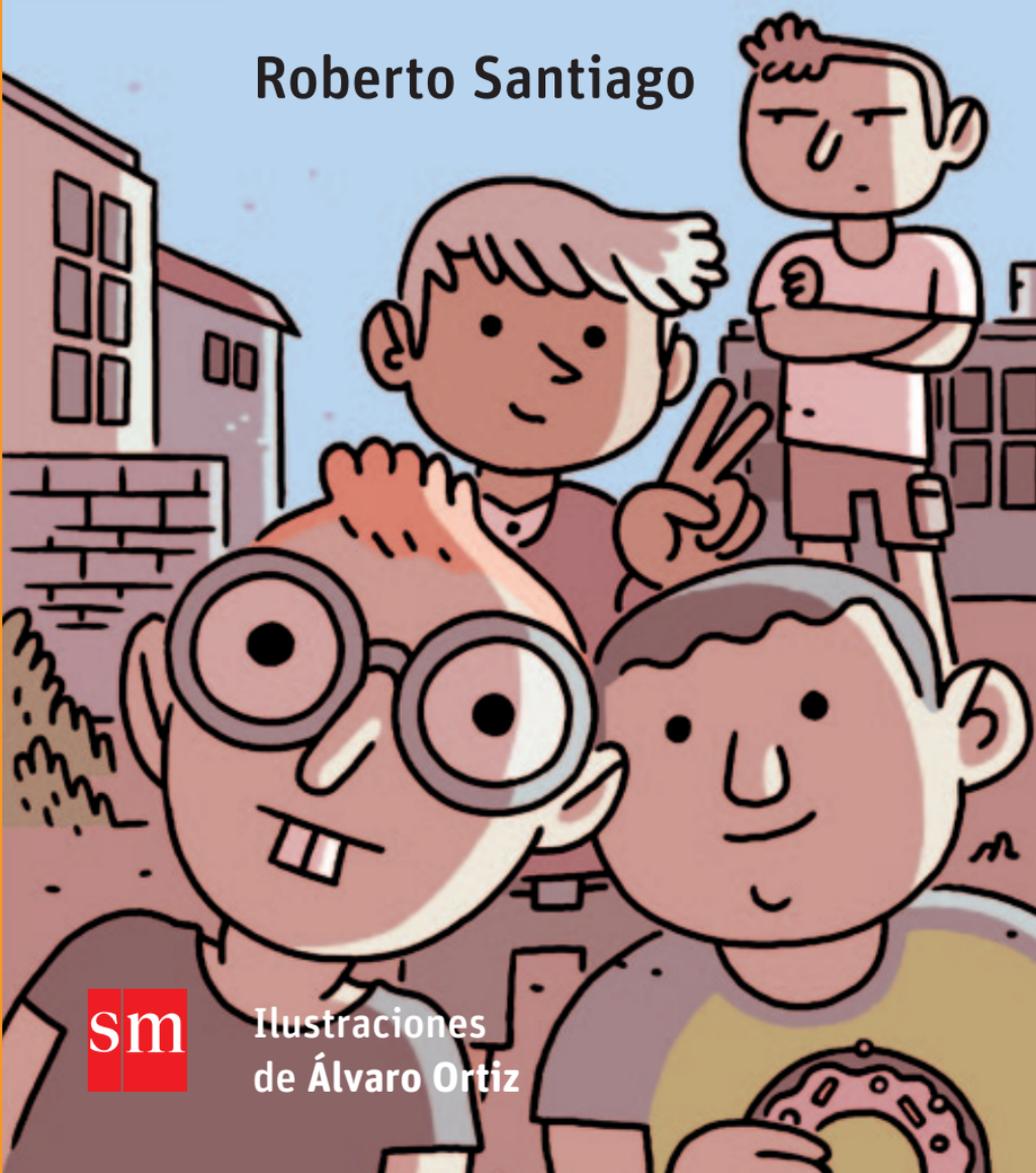




EL BARCO
DE VAPOR

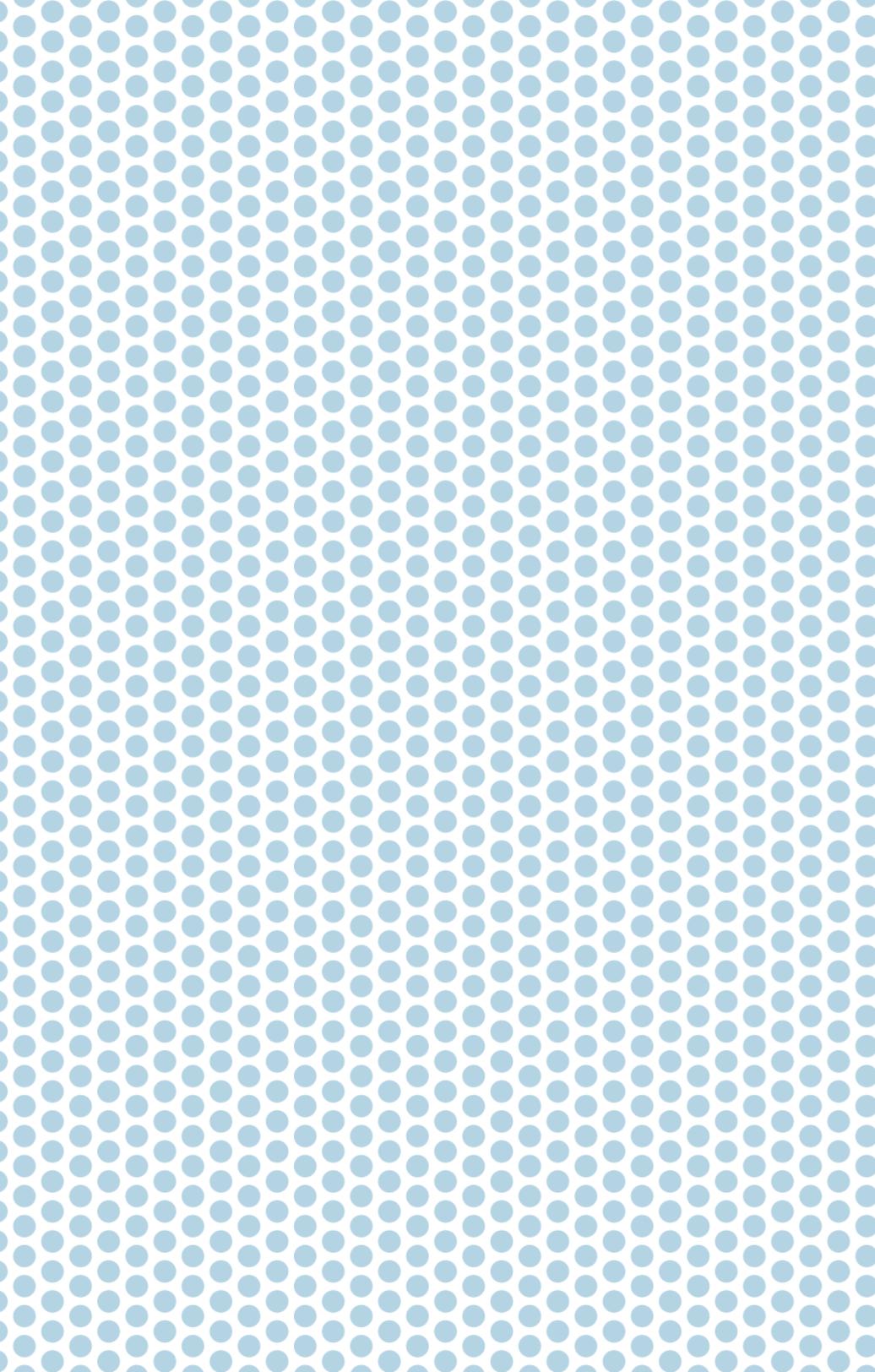
El empollón, el cabeza cuadrada, el gafotas y el pelmazo

Roberto Santiago



sm

Ilustraciones
de Álvaro Ortiz





EL BARCO
DE VAPOR

El empollón, el cabeza cuadrada, el gafotas y el pelmazo

Roberto Santiago

Ilustraciones de Álvaro Ortiz



Primera edición: mayo de 1999
Vigésima séptima edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 1999
© de las ilustraciones: Álvaro Ortiz, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8584-1
Depósito legal: M-9013-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LUNES

LAS VOTACIONES DE FIN DE CURSO

ANTES DE NADA, voy a decir un par de cosas sobre mi colegio. Mi colegio está lleno de niños y niñas. Eso no es ninguna novedad, desde luego. Pero voy a decir otra cosa: de todo el montón de niños y niñas que hay en mi colegio, no hay ni uno solo que no esté muerto de miedo cuando llegan las Votaciones de Fin de Curso.

No estoy hablando de los exámenes finales ni nada de eso. Estoy hablando de algo mucho más importante. Al fin y al cabo, en los exámenes son los profesores quienes te ponen las notas, pero en las votaciones no. En las votaciones son tus amigos, tus amigas, todos tus compañeros, quienes deciden si eres un tonto del bote o alguien con el que merece la pena seguir contando.

Es como colgar una foto tuya en mitad del patio para que todos digan lo que piensan de ti. Algo así.

Y a veces no es muy divertido.

El año pasado quedé el tercero más votado en la categoría de pelmazos. Y eso ya fue bastante horrible. Tuve que soportarlo todo un año. Cada vez que alguien me hablaba para pedirme unos apuntes o para decirme que si quería jugar al fútbol o para cualquier cosa, sabía perfectamente lo que estaba pensando al mirarme: «Eres el tercero más pelmazo, eres el tercero más pelmazo...».

Así durante trescientos sesenta y cinco días.

No hace falta que os diga lo mal que lo pasaron los dos que quedaron por delante de mí.

En teoría, las Votaciones de Fin de Curso están prohibidas. Nadie sabe quién se las inventó, ni por qué. Pero desde que se enteró, el jefe de estudios las tiene totalmente prohibidas en el colegio. Claro que también está prohibido copiar, y el noventa y nueve por ciento de la gente que yo conozco ha copiado en algún examen al menos una vez.

El caso es que en cuanto llega el mes de mayo, en el colegio no se habla de otra cosa.

Se llaman las Votaciones de Fin de Curso, pero en realidad no se hacen al final de curso. Se hacen más o menos un mes antes de que termine el curso. A lo mejor es para que no coincidan con los exámenes de junio. O a lo mejor es para poder reírse durante un mes entero de los que salimos

en algunas categorías de las votaciones. O a lo mejor no es por nada de eso y es una pura casualidad que sean en mayo.

No quiero parecer exagerado. Es solo que si nunca habéis vivido unas Votaciones de Fin de Curso, no creo que podáis entenderme. Al menos, no de momento.

Antes de seguir, lo mejor será que me presente. Mi nombre es Matías, siempre suspendo matemáticas y soy el tercero más pelmazo de mi colegio.



Hay diez categorías.

Algunas buenas, en las que casi siempre están los mismos, y algunas malas, en las que también casi siempre están los mismos. También hay algunas que no estoy seguro de si son buenas o malas, pero, en cualquier caso, en estas también están siempre los mismos. Las cosas no suelen cambiar mucho de un año para otro. Claro, que uno siempre tiene esperanzas.

Estas son las diez categorías de las Votaciones de Fin de Curso:

- EMPOLLONES
- CABEZAS CUADRADAS
- PELOTAS
- CHIVATOS
- LIGONES
- PELMAZOS
- DIVERTIDOS
- MATONES
- GUAPOS Y GUAPAS
- FEOS Y FEAS

Como podéis ver, la de pelmazos no es la peor ni de lejos. Los chivatos y los pelotas se llevan la palma. Son las dos categorías que te dejan frito.

Una vez que entras en una de esas, es muy difícil salir.

Luego están las de cabezas cuadradas, empollones, feos y feas, y sí, ya lo sé, la de los que no tenemos ninguna gracia: los pelmazos. Esas cuatro son bastante malas. Aunque siempre te puedes consolar pensando en que hay otras peores.

La de matones la pongo aparte. Porque al principio puede parecer mala; nadie quiere que le llamen matón. Pero, a diferencia de las otras, no es nada fácil entrar en esta categoría. Hay que haber zurrado a unos cuantos para que te voten como uno de los matones del colegio. Todo el mundo les tiene miedo a los matones.

Y luego están las tres categorías de oro, solo reservadas para los más populares del colegio, aquellos con los que todo el mundo quiere ir. Los ligones, los guapos y guapas, y los divertidos. La mayoría suelen tomarse a risa las votaciones. A cualquiera que preguntes te dirá: «Bueno, qué tontería, los guapos, ja, ja, pero qué tontería...». Pero, en el fondo, todos en el colegio estaríamos dispuestos a dar cualquier cosa por aparecer en una de las tres categorías de oro.

Cualquier cosa.



Mi mejor amigo, Óscar, está gordo como un barril y el año pasado también apareció en las listas. Le votaron como el tercero más cabeza cuadrada del colegio. Eso de cabeza cuadrada es un poco raro. Puede significar cualquier cosa. Puede significar, por ejemplo, que eres un cabezota o algo así. Pero también puede significar que no te enteras de nada. O incluso que tienes la cabeza muy grande. No sé.

Yo creo que no significa nada concreto; es una manera de decir que te andes con ojo si no quieres pasar directamente a formar parte de los pelotas o los chivatos. Es como estar con un pie dentro y otro fuera.

Al menos, mi amigo Óscar y yo tenemos algo en común: los dos quedamos terceros en una categoría.

–Yo no entiendo por qué me han votado –dijo Óscar el año pasado.

–Yo tampoco –dije yo.

Y es que eso es lo peor.

Nunca puedes saber si te van a votar o no. Siempre, hagas lo que hagas, corres el riesgo de aparecer en una de las listas de las Votaciones de Fin de Curso.

No estoy seguro de si es peor cuando ya sabes que estás, o los días antes, cuando simplemente estás muerto de miedo por si acaso vas a estar.

Yo este año esperaba no aparecer en ninguna categoría.

Solo eso.

Ni en las buenas ni en las malas.

Me conformaba con que nadie se acordase de mí.

Es lo que pasa siempre.

Cuando menos te lo esperas, ¡ZAS!, empieza todo.

Estábamos en el examen de repesca de matemáticas.

Don Julio es el profesor de matemáticas y siempre hace un examen de repesca a los que suspendemos, antes de dar las notas definitivas. Es el único profesor que lo hace. Claro que, a pesar de la repesca y todo, matemáticas es la asignatura en la que más suspensos sigue habiendo.

Rodrigo es el delegado de mi clase, y cuando hay que repartir alguna cosa, siempre es él quien la reparte.

Así que don Julio le dio a él las hojas de los exámenes y Rodrigo empezó a repartirlas a los que teníamos que hacer el examen, que éramos casi todos menos unos pocos que habían aprobado y que tenían hora libre para estudiar o para hacer lo que quisieran.

Don Julio es muy maniático para los exámenes, y tienes que contestar todo lo que te pregunta en las hojas que él te da. No puedes usar ninguna otra hoja, conque más te vale andarte con cuidado y no llenar el folio de tachones.

Cuando Rodrigo llegó a mi lado, solo pensaba en que tenía que haber estudiado más y que, por muy fácil que fuera el examen, era casi imposible que yo aprobara.

Rodrigo me dio tres hojas. Las cogí sin prestar atención.

En la primera hoja había escritos tres problemas y una pregunta de teoría. En la parte de abajo, don Julio había puesto a mano una nota: «¡Ojo: Recuerda que solo puedes utilizar estas dos hojas!».

¿Dos hojas?

Miré la segunda hoja, y era una hoja en blanco con una firma en la parte de arriba, igual que las que siempre nos daba don Julio para los exámenes.

Y después la vi.

Saqué la hoja número tres y la vi.

Ya podéis adivinar de qué se trataba.

Estaba todo escrito a máquina y perfectamente en mayúsculas.

Vi a Rodrigo al fondo de la clase terminando de repartir las hojas y pensé que disimulaba muy bien. Don Julio no podía ni imaginarse que, al mismo tiempo que repartía sus exámenes de repesca, Rodrigo nos estaba entregando la hoja para las Votaciones de Fin de Curso.

Ahí estaban. Las mismas diez categorías de todos los años, con un espacio en blanco detrás de cada una para que pusieras el nombre de un chico o de una chica del colegio.

Al igual que la hoja del examen, abajo también había una nota escrita a mano. Bueno, una nota no. Dos notas.

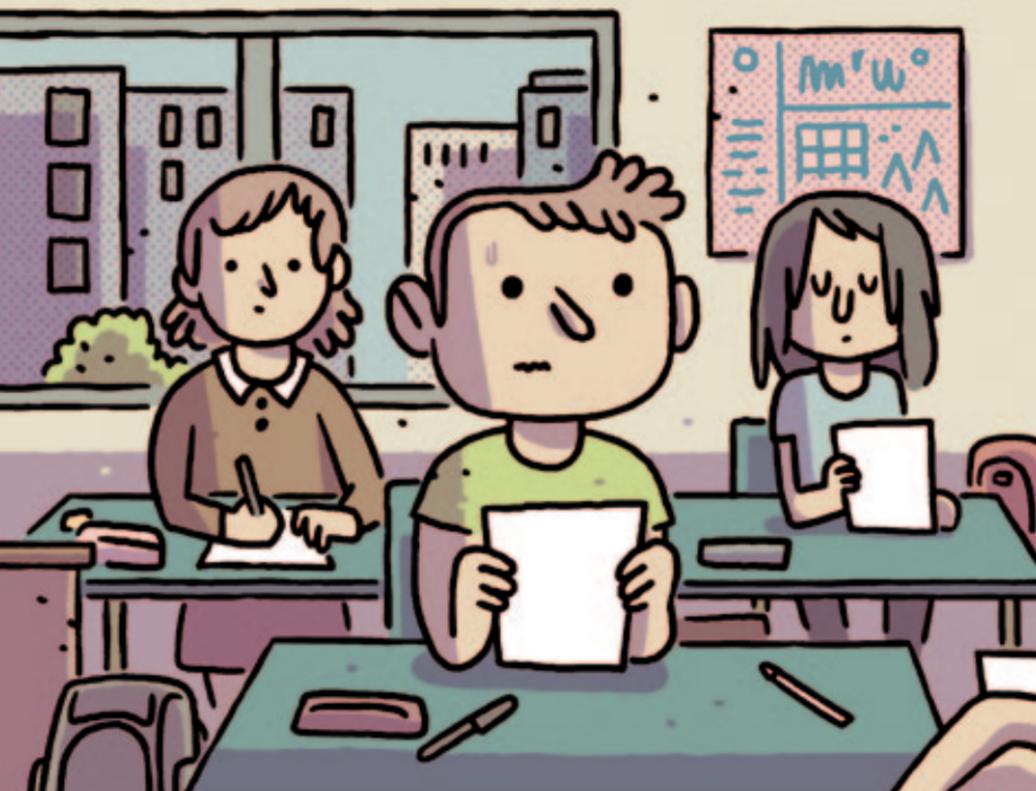
En la primera ponía: «Votaciones de Fin de Curso: Rellena todas las categorías y entrega la hoja al delegado de tu clase».

Y en la segunda: «Fecha tope para entregar la hoja: VIERNES 15 DE MAYO A LAS 12 DEL MEDIODÍA».

Era lunes. Había toda una semana para pensárselo bien antes de entregar la lista de las votaciones.

Volví a mirar a Rodrigo, que ya estaba sentado en su mesa, y descubrí que él también me estaba mirando.

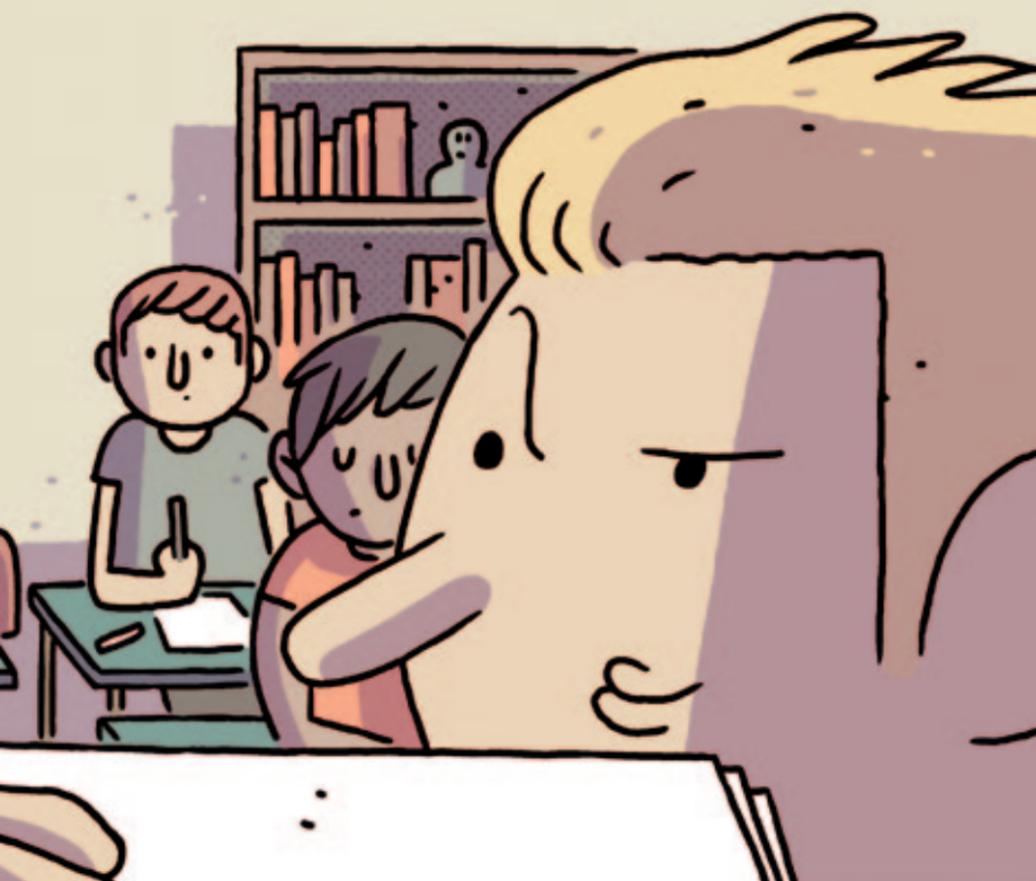
Parecía que sonreía.



Cuando le miré, él dejó de mirarme y se puso a escribir. No sé si se pondría a escribir el examen de matemáticas o si estaría rellenando ya la hoja de las votaciones.

Me imaginé que si me estaba mirando era porque iba a poner mi nombre en alguna categoría, y me empecé a poner un poco nervioso. Tuve muchas, muchísimas ganas de levantarme para ver qué estaba poniendo.

Después miré al resto de la clase. Nadie hacía ningún comentario. Claro, se suponía que estábamos en medio de un examen.



Aunque estoy seguro de que en ese momento nadie pensaba en el examen.

Posiblemente la repesca de matemáticas de esta evaluación iba a tener muchos suspensos. Más aún que otras veces.

Durante el recreo, todo el mundo hacía corrillos en el patio.

Estaba claro que las Votaciones de Fin de Curso estaban en marcha. Y las deliberaciones ya se estaban haciendo en pequeños grupos.

Yo estaba detrás de una de las porterías del campo de fútbol, sentado con mis amigos. Estaba mi amigo Óscar comiéndose trescientos o cuatrocientos dónuts de chocolate; estaba Hinojar, que es el empollón más empollón de mi clase y que siempre aparece en la lista de las votaciones, y estaba García Cano, que tiene dos dientes enormes que le salen de la boca como dos raquetas de tenis y que siempre lleva unas gafas de culo de botella. Nadie le llama García Cano, ni Emilio, que es como en realidad se llama; todos le llaman gafotas o, lo que es más habitual, no le llaman de ningún modo. Por supuesto, García Cano aparece siempre en la categoría de

feos y feas. Incluso hace un par de años quedó el primero.

Esos son mis amigos. Mis tres mejores amigos.

–Es por mi madre –dijo García Cano.

–¿El qué? –dijo Óscar.

–Pues eso..., lo de las gafas –dijo García Cano.

–Pero es que son tan grandes... Son las gafas más grandes que he visto en mi vida –volvió a decir Óscar.

–Ya, pero tengo muchas dioptrías y mi madre dice que como se me ocurra ir sin gafas, me voy a quedar ciego cuando sea mayor.

Hinojar, que por algo es el empollón y que siempre tiene una explicación para todo, dijo:

–Te puedes cambiar la montura de las gafas por otra más pequeña. Lo importante no es el tamaño de las gafas, sino que las lentes estén graduadas.

–Lo de las dioptrías esas, ¿qué es...? ¿Como unos bichos o qué? –dijo Óscar.

–No digas tonterías; las dioptrías son una manera de medir la miopía en los ojos –dijo Hinojar.

–Mi madre dice que si me pongo otras gafas, seguro que se me rompen –dijo García Cano–. Dice que soy un desastre y que estas gafas tan gordas son las más resistentes y las mejores para mí.

–Yo creo que deberías convencer a tu madre de que ahora hay gafas mucho más pequeñas que no se rompen ni nada –dijo Hinojar.

–Pues será lo que tú dices, pero a mí es que me suena como a gusanos o lombrices o algo así... Dioptrías... Puaaaj... –dijo Óscar.

–No creo que convenza a mi madre para que me cambie las gafas –dijo García Cano.

Yo no decía nada porque no tenía ganas de decir nada.

Solo pensaba en las votaciones y en que García Cano seguro que volvía a aparecer en la categoría de los feos, como siempre, aunque se cambiara de gafas, y en que casi seguro que, por algún motivo que yo no comprendía, mis tres mejores amigos y yo íbamos a tener muchos votos. Y no precisamente para las categorías de oro.

Vaya cuatro.

Todo el mundo nos vería juntos allí sentados, en el patio, y pensarían: «Ahí están, el cabeza cuadrada, el empollón, el gafotas y el pelmazo».

No era justo, pero, al fin y al cabo, quién habla de justicia. Estamos hablando de algo mucho más gordo que la justicia, estamos hablando de las Votaciones de Fin de Curso.



Tengo que reconocer que por un momento pensé que si cambiaba de amigos, tal vez ya no me votarían como uno de los pelmazos. Es una idea que me pasó por la cabeza un momento.

–Voy a dar una vuelta por ahí –dije, y me puse en pie.

–¿Tú has visto alguna vez una de esas dioptrías o como se llamen, Matías? –me preguntó Óscar.

–Pero qué bruto eres –dijo Hinojar.

–Y tú qué listillo...

Creo que siguieron discutiendo un rato.

Pero yo ya no estaba a su lado. Estaba atravesando el campo de fútbol. Huyendo de allí.

Al salir de clase para ir a comer, Óscar y yo, que siempre hacemos juntos el camino de vuelta a casa, nos encontramos con Lola y con su amiga Martita. Lola está en mi clase y yo no entiendo por qué no aparece siempre en la categoría de las más guapas. Yo, desde luego, siempre la voto a ella. Es rubia y tiene dos coletas muy largas que le cuelgan por la espalda.

Normalmente, Lola no va por el mismo camino que Óscar y yo a su casa, pero ese día sí porque, por lo visto, iba a comer a casa de Martita.

Lola se puso a mi lado y me preguntó qué tal me había salido el examen de matemáticas.

Creo que era la primera vez en todo el curso que Lola me decía algo.

Es lógico: nadie quiere hablar con los pelmazos, y menos aún las chicas guapas del colegio.

–¿Qué tal te ha salido el examen de matemáticas? –me dijo.

Yo la miré y de repente pensé que Lola me gustaba mucho. Lo pensé así, de golpe, sin pensarlo. Suponiendo que pueda pensarse una cosa sin pensarla.

El caso es que por un momento, aunque fuera un momento muy pequeño, todo lo demás me daba igual.

Solo estábamos Lola y yo.

–Bueno, ¿qué tal te ha salido? –volvió a decir Lola.

Martita iba a su lado y creo que se reía.

Supongo que se reía porque se dio cuenta de que yo estaba muy nervioso.

–Es que me gusta mucho –dije.

–¿El qué, las matemáticas? –dijo Lola.

–No, no..., eso no... ¿Cómo me van a gustar las matemáticas?

Ya no sabía muy bien lo que estaba diciendo.

Para una vez que podía hablar con Lola, creo que lo estaba estropeando.

Mientras seguíamos andando, me di cuenta de que Óscar ya no estaba a nuestro lado.

–Entonces, ¿qué es lo que te gusta? –dijo Lola.

Martita se reía cada vez más.

Me encogí de hombros.

No tenía ni idea de qué decir.

–No lo sé –dije.

–¿No lo sabes? –dijo Lola.

–Es que Matías es un poco..., un poco... –empezó a decir Martita.

Pelmazo. Matías es un poco pelmazo. Seguro que lo decía. Seguro que lo estaba pensando. «Venga, vamos, dilo de una vez», pensé.

–Raro. Matías es un poco raro –dijo Lola.

–Eso. Raro –dijo Martita moviendo la cabeza de un lado a otro.

Supongo que raro es mejor que pelmazo. No mucho mejor, pero sí un poco mejor.

Yo seguía allí, andando y sin tener ni idea de qué más podía decir.

Lola volvió a mirarme.

–No lo sé –dije.

¿Dónde se había metido Óscar? ¿Por qué me dejaba solo en una situación como esa?



–¿Y tu amigo? –dijo Martita, como si estuviera leyéndome el pensamiento.

Seguramente Óscar se había asustado todavía más que yo y se había escondido detrás de cualquier coche. Óscar nunca habla con las chicas. Se pone rojo y parece que va a explotar.

No es que a mí se me dé muy bien hablar con las chicas, pero, comparado con Óscar, soy una especie de ligón.

Claro que no iba a soltarles todo ese rollo a Martita y Lola, ni a decirles que Óscar estaría por ahí temblando, escondido en cualquier esquina.

Así es que las miré y dije lo único que podía decir:

–No lo sé.

Unos metros más adelante, Lola y Martita se metieron por una calle a la derecha y me dijeron «hasta luego».

–Hasta luego –dijo Lola.

–Hasta luego –dije yo.

–Por lo menos sabes decir otra cosa además de «no lo sé» –dijo Lola.

Y después de decir eso, se fueron.

Yo me quedé mirándolas un segundo.

Desde luego, mi reputación de pelmazo no las había defraudado. Eso era seguro.

Lo que ya no era tan seguro es que Lola volviera a hablar conmigo.

¿Qué es eso de pelmazo?

Pelmazo: aguafiestas, rollazo, pesado, aburrido, plasta, sin gracia ni nada.

Pelmazo: alguien a quien nunca invitarías a una fiesta ni a ningún otro sitio divertido.

Pelmazo: Matías.

Pelmazo, pelmazo, pelmazo.

Estas son las diez cosas que menos me gusta hacer, pero sería capaz de hacerlas todos los días con tal de no aparecer en la lista de los pelmazos:

hacer los deberes de matemáticas, recoger mi habitación, ir a comprar el pan, ponerme el gorrito rojo de lana en invierno, lavarme los dientes, acostarme temprano, ir a clases de natación, dejar que mi abuela me dé ochenta besos cada vez que me ve, quitar la mesa después de comer y, sobre todo, sobre todo, comer higadillos, sesos y esas cosas repugnantes que tanto le gustan a mi hermana pequeña.

De verdad. Sería capaz de comerme veinte kilos de higadillos.

Lo peor de ser un pelmazo es que todo el mundo piensa que eres un pelmazo. Quería hacer algo muy gordo para que todos se enterasen de que yo no era un pelmazo.

Hasta el viernes a las dos, tenía casi cuatro días para convencer a todo el mundo de que yo no era un rollo, ni un pelmazo, ni nada de eso. Para convencerlos de que no lo era y, sobre todo, de que no tenían que votarme.

No tenía nada que perder.

Iba a hacer algo gordo.

Muy gordo.